

Los emprendedores en Uruguay

Las palabras emprendedor y empresario son parientes, pero no significan lo mismo. Un empresario es cualquier persona que combina capital y trabajo (propio o contratado) para producir un resultado económico. Como cualquier otra, es una tarea noble en la medida en que se haga –como es el caso de la mayoría- dentro de la ley y de principios éticos.

Quien continuó con la empresa familiar que le legaron sus padres es un empresario, así como aquel que reunió ahorros y compró una empresa en marcha. En Uruguay hay menos empresarios de los que necesitaríamos pero hay muchos. Comerciantes, fabricantes, empresas de servicios tienen todos, salvo cuando son filiales de empresas extranjeras, un empresario uruguayo detrás.

Un emprendedor es un “animal” diferente y desafortunadamente menos frecuente. Un emprendedor es esencialmente un “creador de empresas”. Alguien que, cuando mira el mundo, ve oportunidades de hacer las cosas de una forma diferente. Ve mercados, procesos, o productos que podrían repensarse de una forma mejor, y resuelve tomar el riesgo de demostrar que está en lo cierto.

Uno de los problemas difíciles para que Uruguay desarrolle emprendedores es que la mayoría de los uruguayos no sabe siquiera qué significa ser emprendedor. Las encuestas demuestran que solo una minoría insignificante puede mencionar el nombre de un emprendedor. Y dado que los uruguayos no sabemos –como intuitivamente lo saben los jóvenes de otros países- qué es un emprendedor, es poco probable que considere la posibilidad un adolescente que se plantea qué hacer en su vida.

Si miramos los emprendedores en Uruguay, una cosa que es casi una constante es que son hijos de comerciantes. Una explicación es que, dado que el sistema educativo estigmatiza al empresario (y me animaría a decir también al éxito económico en general), solo quienes lo vivieron en sus casas se plantean crear una empresa (aunque sea como una opción).

Algo similar ocurría en la India hace 20 años. Casi toda madre que se planteaba el futuro de su hijo deseaba que fuera empleado del gobierno. Era un empleo seguro, con poco riesgo, con ascenso a lo largo del tiempo. Hoy la mayoría de las madres indias quieren que sus hijos sean emprendedores informáticos. Es probable que muchas no sepan bien qué es, pero el cambio cultural que se produjo es maravilloso, y está llamado a tener un impacto monumental en el futuro de ese país.

En Uruguay hay emprendedores. Pocos, pero hay. Si hubiera 10.000 este país ya sería otro. Probablemente si tuviéramos 1.000 emprendedores en serio, ya las cosas serían diferentes. Muchos de los emprendedores no tendrían éxito, al menos en el primer intento. Pero su existencia igual haría la diferencia. Ni hablar si el sistema educativo transmitiera el concepto de ser emprendedor, y no le asociara un estigma o prejuicio negativo.

Una dificultad a vencer es que Uruguay tiene dos características culturales que ofrecen un terreno poco fértil para generar emprendedores.

En primer lugar, los uruguayos penalizamos mucho el éxito. Si alguien lo tiene, la opinión generalizada es que algo turbio o ilegal debe haber hecho. Obviamente el prejuicio es probablemente cierto respecto de algunas personas (como en cualquier actividad), pero lo dañino es la actitud en sí frente al éxito económico. Un adolescente uruguayo promedio no

siente el fuego interior por tener éxito empresarial porque su prejuicio es que, los que lo alcanzan, es porque algo mal o turbio hicieron. Lamentablemente esto saca de la competencia a la mayor parte de los buenos candidatos.

En segundo lugar, los uruguayos irónicamente también penalizamos mucho el fracaso. Quien tiene un emprendimiento no exitoso lo vive mal, y la sociedad en general lo mira mal. Se ve y es visto como un "fracasado". Silicon Valley, al contrario, está lleno de emprendedores que fracasaron la primera, la segunda y hasta varias veces antes de tener éxito. Fracasar, si es con ética y dentro de la ley, no tiene nada de innoble. Muchos *venture capitalists* miran con desconfianza financiar a emprendedores que no tienen fracasos en su *currículum vitae*. En cierta medida es por aquel viejo principio de que "poco aprendí de mis éxitos, casi todo lo importante lo aprendí de mis fracasos".

Cuatro condiciones dan lugar a mantener el optimismo, Primero, aunque infrecuente, crear empresas es una ambición más difundida entre los jóvenes hoy que una década atrás. Segundo, dado que en los últimos años, algunas decenas de jóvenes crearon empresas, las historias de éxito que surjan de esa generación seguramente inspirarán a los que vienen detrás. Tercero, si hay historia de éxito entre los emprendedores de hoy es más probable que de allí surjan algunos de los *venture capitalists* de mañana que apoyarán con su financiamiento y su *know how* gerencial y estratégico a los emprendedores de mañana. Sin una comunidad mínima de *venture capitalists (smart Money)* el mundo del emprendedurismo tiene posibilidades acotadas. Y cuarto, organizaciones tales como la Fundación Endeavor están apoyado el éxito de los emprendedores de alto impacto de hoy y promoviendo el germinador para los de mañana.

Cerisola, Andrés. *Curso de Derecho de la Empresa*. 3era ed. Montevideo: Editorial Amalio M. Fernández, 2008. 80p.